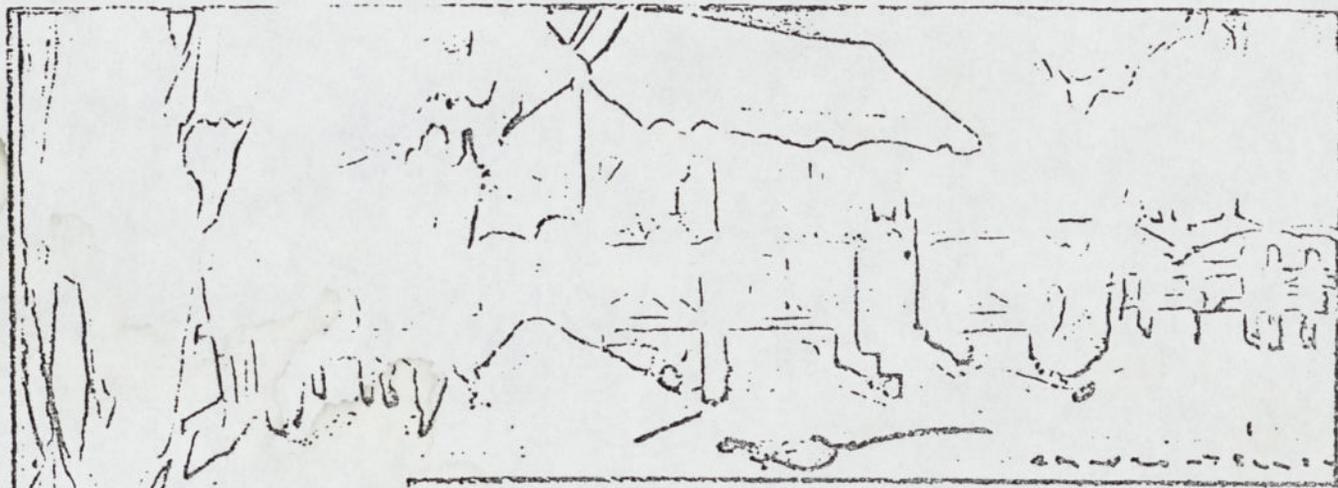


De como poquito a poco

CUENTO, por ELENA FORTUN



¡Nieva, nieva! ¡Qué frío!
El Coco, que anda de noche por los caminos, va de puntillas sobre la nieve... ¡Qué frío!

Y el perro de la caseta de madera asoma la cabeza y escucha...

—¡Cu-u, guau, guau!—dice.

Sale fuera, hasta el borde del camino.

—¡Guau, guau, guau!

De pronto echa las orejas atrás, esconde el rabo entre las patas y, arrastrándose hasta dar con la tripa en el suelo, vuelve a la caseta de madera...

Y tiembla, con el hocico pegado al suelo...

Entonces se asoma por la ventana del desván el gatito pardo.

—¡Chist! ¡Qué pasa?

—¡Calla!—dice el perro, y gruñe enfadado.

—¡Miau! ¡Qué pasa? ¡Qué pasa?

Porque el gatito no puede resistir la curiosidad.

—¡Cállate! ¡Ha pasado el Coco por el camino!

—¡Huy!—y el gato corre a esconderse.

¡Qué frío! ¡Qué frío tiene el Coco!

De la casa que está al borde del camino sale luz por las rendijas de las ventanas.

Dentro hace calor; pero Paquito, llora, porque no se quiere acostar.

—¡Todavía no, todavía no, que es pronto!—dice.

—No es pronto. Los niños buenos ya están durmiendo.

El Coco llama, temblando, a la ventana.

—Tan, tan...

—¿Quién es?—dice Paquito.

«Llaman a la ventana,
y ha sido el Coco,
a llevarse a mi niño,
que duerme poco»,

canta la madre.

Paquito esconde la cabeza en las rodillas de su mamá, y se deja desnudar sin decir nada.

Después, en su camita, se tapa hasta los ojos, mientras su mamá cierra tan fuertemente las ventanas, que ya no sale fuera ni un rayito de luz.

Y fuera nieva, nieva... ¡Qué frío hace!

Allá arriba, por encima de las nu-

bes, hay millares de ángeles barriendo.

Barren todas las plumas que se les han caído de las alas en el verano, y que han alfombrado el cielo de plumón blanco y caliente.

Caen volando las plumas desde las nubes, despacito, indecisas... ¡Qué frío hace!

Se hielan en el camino y se hacen frágiles, como espuma... Caen a millares; no acaban de caer nunca. Y está blanco el camino, blancos los árboles, blancas las casas...

El Coco corre, corre sobre la punta de los pies, y llama en todas las puertas...

Del monte bajan los lobos.

—¿Dónde iremos? Iremos a la casa grande, a comernos las ovejas—dicen.

—O al molino, a comernos a la molinera...

—¡Se oyen pasos!—dice el lobo gris.

Y se agazapan todos con la barriga sobre la nieve...

Y por delante de ellos pasa el Coco tan de prisa, que no les da tiempo a cogerle...

—¿Le habéis visto? ¡Es él! ¡Es el Coco!

—¡Auuuuuuuh! ¡Auuuuuuuh!

Todos los lobos corren detrás de él...

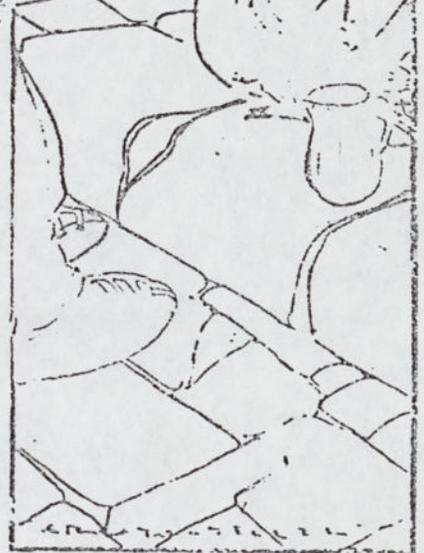
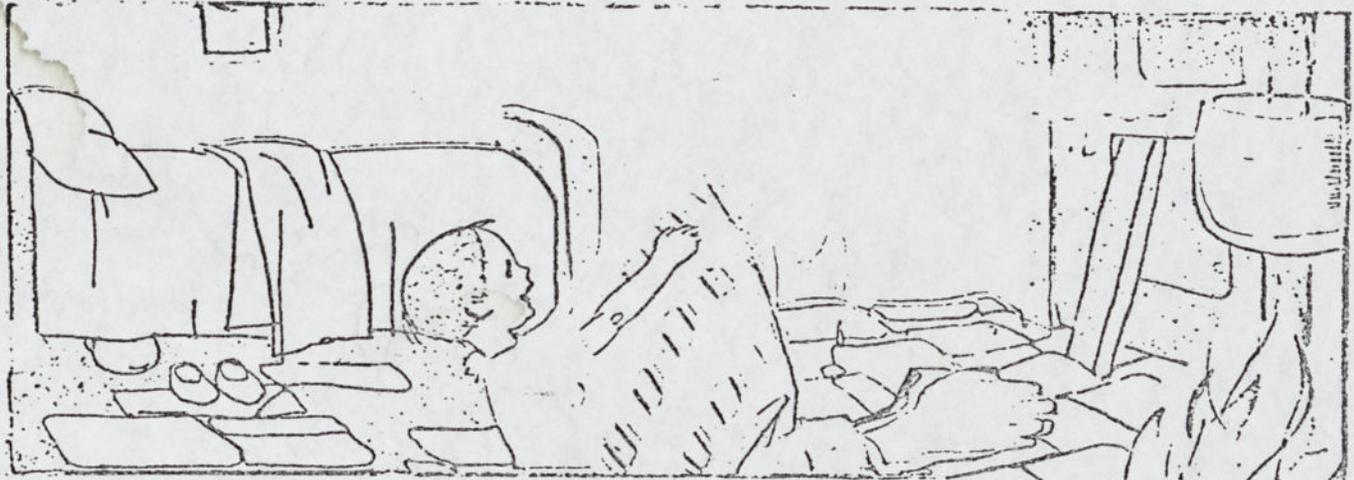
Y él corre también, oyéndolos aullar a su espalda... Corre, corre hasta perder el aliento.

—¡Auuuuuuuh! ¡Auuuuuuuh!
¡Auuuuuuuh!

dibujo de ARISTO TELLEZ

el coco ya no fué coco

DIBUJOS de ARISTO TELLEZ



El Coco llama en todas las puertas, da con los nudillos en todas las ventanas...

Los niños se quedan llorando de miedo, y nadie abre ni una rendija para dejarle pasar. Allá lejos, en el borde del camino, está la cabaña de Miguelito.

Miguelito duerme cerca del hogar para no tener frío. Y el aullido de los lobos le despierta... Se levanta, descalzo, y abre la ventana.

¡Qué frío hace! Nieva, nieva...

Asoma la cabeza, y ve venir al Coco y a todos los lobos aullando detrás:

—¡Auuuuuuuuuh! ¡Auuuuuuuuuh!
¡Auuuuuuuuuh!

Nunca el Coco ha llamado en la ventana de Miguelito, porque Miguelito es un niño bueno.

Y como no le tiene miedo, abre la puerta, para salvarle de los lobos, y le llama...

¡Entró! Miguelito ha cerrado de golpe la puerta y ha cogido la pata de un lobo, que aúlla de dolor.

—¿Sabes quién soy?—pregunta el hombre.

—Sí; eres el Coco.

Le mira a la cara y se ríe. ¡Qué feo es! El Coco tiene la cara negra, y dos agujeros en vez de ojos...

—Siéntate junto a la lumbre para que te calientes—le dice, y le acerca la única silla.

Después pone un pucherito de leche sobre las ascuas.

—Cuando esté caliente, te la bebas. No tengo más.

El Coco extiende sus manos negras sobre la lumbre y se calla.

—Tienes mucho frío, ¿verdad?—dice Miguelito.

Y le pone sobre los hombros la manta de su cama.

—Yo no la necesito—dice.

Y echa en la lumbre un ramo de piornos para que hagan llama. Después se acuesta junto al fuego y se duerme...

Va pasando la noche. Los lobos, cansados de aullar, se han ido... Sigue nevando...

Pero en la cabaña no hace frío. El niño duerme, y el Coco le mira dormir, sin moverse por no despertarle.

Chisporrotea la lumbre, y Miguelito se despierta.

¡El Coco está llorando! De los agujeros de la cara le salen dos regueros de lágrimas, que caen sobre la lumbre y la hacen chisporrotear...

—¿Por qué lloras, Coco?

—Porque ningún niño me dejó sentar a la lumbre nunca, ni me dió leche a beber, ni me abrigó con su manta. Porque ninguno se durmió a mi lado...

—¡Claro! ¿Cómo te van a querer, si los asustas?

—Es que son malos, desobedientes, llorones... Las madres me llaman. «Coco, ven—gritan—. Llévate a este niño.» Y yo voy. Toco en las ventanas..., pero nunca me los llevo. ¡No soy malo!

—¿Qué has de ser, pobrecito!

—Los perros me aúllan, la gente me teme... Todos me llaman el hombre malo...

El Coco llora, llora. De tanto llorar le han salido ojos en la cara y se le ha puesto blanca... Era que la llevaba tiznada de carbón...

Cuando amanece, el Coco se duerme, y no se despierta hasta que llega la noche.

—Me voy—dice.

—¿Adónde vas? No te vayas...

—Voy a llamar a las ventanas de los niños malos. Todas las madres me están llamando...

Miguelito se echa a reír.

—Pero ¿no ves que eso es una bobada? Además, ya no estás negro y no darás miedo a nadie. ¡Quédate conmigo!

Y el Coco se quedó.